



MUJERES AUDACES

José Manuel Alonso Manzano

"Todas las familias que triunfan lo hacen por el impulso de mujeres fuertes"

PROLOGO

Siempre recordaré la callada quietud de la naturaleza en el momento previo a la llegada de la lluvia en aquellos campos arbolados de olivos, higueras, granados, robles, nogales, fresnos... Recordaré el silencio, que se podría palpar con la yema de los dedos, el revoloteo suave de los pájaros, prestos a resguardarse bajo cualquier rama de aquellos árboles; el suave tintineo de las primeras gotas de lluvia sobre las hojas, el concierto suave de notas que produce ese mismo golpeo, todas parecidas y todas distintas, unas más graves, otras más agudas, en una sinfonía de silencios que arranca en adagio lento y acelera suavemente hasta un presto agitato en la manera que arrecia la lluvia, el impacto de aquellas gotas en los terrones flojos de la tierra recién labrada, el suave y lejano sonido del tañer de las esquilas y campanillos del ganado tornando de las praderas a los apriscos de la noche.

Notas que la lluvia empieza a caer sobre ti, mojando tu cara, mesando tus cabellos, acariciando tu cuerpo, inundando tu espíritu con ese concierto de silencios, de notas muertas, apagadas. Parece transportarte a lugares lejanos, a recuerdos de otros momentos vividos. Hasta que te das cuenta que el chaparrón empieza a ser lo bastante fuerte como para obligarte a buscar refugio, bien debajo de un árbol, bien en algún casillo del lugar.

El aire se llena de humedad, el cielo se oscurece, cae un velo de penumbra sobre la tarde, las plantas parecen cobrar más vida, los colores se intensifican, las nubes se acercan cada vez más a la tierra. Todo se envuelve en una neblina gris cambiando el paisaje hacia tenebrismos cada vez más fuertes.

Se hace la hora de retornar hacia el pueblo. Con la tristeza y melancolía que siempre nos acarrea este pertinaz mollineo, me dirijo al coche que tengo en las inmediaciones y conduzco con cierta desgana hacia mi casa, contemplando, sin verlo, el lento circular del mismo por el carril de tierra de piedra machacada, llena de cagarrutas de cabras, absorto en mis pensamientos de tal manera que me hace olvidar la conducción. Por eso me sorprendo cuando veo que he llegado a la población casi sin ser consciente del trayecto que he realizado.

Hace apenas unos días que he vuelto al pueblo de mis padres huyendo de la ciudad, donde trabajo, y de mi vida. Digo huyendo aunque en realidad he venido a encontrarme, pues me hallo realmente perdido. Nunca llegué a pensar que a mis cuarenta años me quedaría viudo, con un desamparo tan grande y tal desesperación que hacen que desee no seguir viviendo, que no me importe nada, ni mi hija, ni el trabajo, ni la familia, ni los amigos. No quiero ver a nadie, nada me consuela, quisiera morirme. He entrado en un estado de inconsciencia en el que todo me importa un rábano. Toda mi existencia persiguiendo lo mejor para los míos para que la vida, en poco tiempo, te dé tal mazazo que acabes en un profundo pozo de desesperación.

Para seguir ¿a dónde? ¿Hacia dónde he de encaminar mis pasos? ¿Qué dirección he de tomar ahora? Si lo supiera... Sólo una cosa tengo clara, he de cuidar a mi hija Helena. Ella ahora es lo más importante en mi vida. Ahora sólo nos tenemos el uno al otro y hemos de afrontar nuestro futuro juntos.

Helena, catorce añitos, mi niña. Y sin su madre. ¿Qué va a ser de ella?, ¿cómo voy yo a suplir a su madre? La complicidad que había entre ellas, prestas a regañarme si se me ocurría mezclarme en alguna de sus confidencias. Helena, en plena pubertad, ¿a quién va a contar sus problemas íntimos, sus preocupaciones de adolescente, sus penurias en el tránsito de niña a mujer?. ¡Oh Dios!, ¿qué voy a hacer?

Helena, con su carita aún de niña, pero con formas que van modificando su aspecto juvenil hacia la mujer que ya se atisba en ella. Morena de gran melena oscura, como nosotros. Alta como su madre y con una figura soberbia. Guapa española, como de Romero de Torres, de ojos negros profundos. A veces bromeábamos diciendo que no era hija de su padre sino de algún gitano, por los tonos oscuros de su cabello, de su piel, de sus ojos. ¿Dónde tiene mi niña lo feo que yo no se lo veo?

Los pensamientos me ensimisman y no me doy cuenta que ya he aparcado en la puerta de casa. Nuestra vivienda del pueblo, un sitio en el que pensamos para descansar y relajarnos lo más posible de la ajetreada vida en la gran ciudad. Otro proyecto que se viene abajo con esta zozobra que me domina y que hace que me pregunte: ¿para qué quiero yo esta casa?

Es una casa muy bonita, en una sola planta, como quería mi mujer: en el campo hay que vivir en la planta baja para poder salir al jardín y que este mismo se constituya en la estancia principal de la vivienda.

La mente me da vueltas y más vueltas. La imagen de mi mujer no se me quita de la cabeza, han sido muchos los años vividos, las experiencias compartidas, los días de vértigo, las noches de insomnio. Recuerdo cuando nos conocimos en las playas de Cádiz.

Yo había terminado mi carrera de Ingeniería de Caminos en la Politécnica de Madrid y había empezado a trabajar en una empresa del sector de Obras Públicas TROPSA, (Trabajos de Obras Públicas SA). Un amigo, Juan, me comentó que iba a pasar unos días en Cádiz con otro compañero de la carrera oriundo de Sanlúcar de Barrameda.

-¿Qué haces esta semana?, ¿te han dado unos días, no?, ¿por qué no te vienes conmigo a Cádiz, que he quedado con nuestro amigo Fernando para pasar allí unos días de vacaciones? Ahora en agosto aquello está de maravilla, hay un ambiente fenomenal y seguro que encontraremos un sinfín de oportunidades de conocer chicas. Podemos coger un apartamento en Cádiz o en El Puerto para los dos y nos saldrá mucho mejor de precio.

-¿Qué te parece?, ¿llamo a Fernando y le digo que nos busque algo?

- Vale, estupendo. La verdad es que me vino de perlas, pues lo contrario habría sido acercarme al pueblo a pasar esos días con mis padres, y es posible que acabara aburriéndome un montón.

Fernando estuvo encantado al instante, le apetecía la perspectiva de que pasáramos juntos una semanita de fiesta y jolgorio.

- Bueno, entonces ¿para qué día hago la reserva del apartamento? Debería ser desde la noche del viernes al domingo siguiente, porque salimos de trabajar al mediodía y si cogemos el coche después de comer, en siete horas estamos en la Tacita de Plata.

Esta semana que nos quedaba de trabajo se hizo corta. Había mucho trabajo en la empresa y había que dejar las cosas un poco hilvanadas para que todo fluyera esos días sin necesidad de grandes sobresaltos. La vida laboral en una empresa de este sector es muy estresante, exige mucha dedicación pues enseguida a los técnicos se nos empieza a cargar con un exceso de responsabilidades que, en ocasiones, no tienes más remedio que asumir porque en el fondo eres tú el que entiende de ello y es más costoso explicar lo que se ha de hacer, que hacerlo uno mismo. Total, que al final has de hacer de todo, no sólo ocuparte de tu trabajo, sino vigilar el trabajo de los demás. Menos mal que estamos acostumbrados de la carrera: es tal la cantidad de materia que te hacen aprender, trabajos, prácticas, proyectos, que, al final, acabas echando cada día de doce a quince horas de trabajo .

Desde el bachillerato me interesaron las ciencias, las matemáticas (yo soy de los que piensan que éstas no se enseñan bien, porque cuando se entienden, no son tan difíciles como parecen), si bien siempre fui un apasionado de la literatura, las artes, la música. Pienso que la creatividad es una de las facultades más fascinantes del ser humano, esa capacidad de improvisar en cualquier faceta de la vida. En la música es muy apreciada la creación sobre la marcha de armonías y melodías, sobre un fondo tonal al que se le van añadiendo los matices que, de manera casual surgen de la mente del artista. Los grandes genios de la música lo son por la composición, si bien es necesario también tener grandes dotes de ejecución, esto es, técnica instrumental. Pero lo realmente envidiable es la capacidad de componer, genios como el de Beethoven, que medio sordo era capaz de crear obras de arte como nadie ha sabido hacerlo.

Desde pequeño me interesó la música, es la otra gran faceta de mi vida. Soy pianista, creo que bueno, pero un poco rebelde, voy a mi bola, como se dice vulgarmente. Acudí junto a mi hermana Isabel a la escuela de música de Pozuelo, fui al conservatorio de Majadahonda y tuve la suerte de disponer de una profesora particular que se instaló como vecina nuestra y que me enseñó todo lo que me faltaba del conservatorio para ser un gran pianista.

En todas las artes sucede algo parecido, gran parte de la pintura moderna gira sobre formas y colores en los que lo importante es esa composición armónica de los mismos, y no tanto el detalle cuasi fotográfico de otras pinturas más realistas. No menos interesantes, por cierto.

También me interesó mucho la literatura, para ello tenemos un elenco de escritores, poetas, ensayistas en nuestro país del cual creo que debemos sentirnos muy orgullosos. Tanto en lengua castellana como en el resto.

Pero a la hora de elegir una carrera siempre te dejas llevar por las perspectivas de trabajo en el futuro, que, evidentemente, son mejores en carreras de ingenierías que en las de letras, sin ánimo de ofender a nadie. Además, a mis padres les parecía estupendo, ya se sabe, ellos siempre están pendientes del futuro de sus hijos.

Así que desde el bachillerato empecé a orientar mis estudios hacia las ciencias. Tuve varios compañeros, que les interesaba optar a alguna carrera de esta rama e hicimos una buena pandilla. Nos pasábamos apuntes, quedábamos después de las clases para comentar cosas, compartir pareceres. También empezamos a salir juntos, cada vez con más asiduidad y fuimos creando un ambientillo de pique sano entre nosotros que hizo que le dedicáramos más horas a los estudios de lo esperado. Lo que vino de perilla pues nuestras calificaciones eran estupendas y con esta competencia aspirábamos a mejorarlas, aún más. Juan era uno de esos compañeros, Fernando, otro.

Andábamos, además, detrás de algunas colegas del instituto que nos traían de cabeza. Estábamos en una edad adolescente en que las hormonas empiezan a hacer estragos, pasábamos todo el día con la mirada lánguida y soñando romances amorosos con ellas. Yo perseguía a una chica, Julia, que me tenía enamorado. Intentaba hacerme el enconradizo con ella por los pasillos, la abordaba con cualquier excusa, que si tienes estos apuntes, que qué tal este examen, qué haces este fin de semana.

- Julia, ¿quieres que tomemos algo el sábado por la tarde en Bocata's?, le dije de sopetón en el pasillo de la clase, cuando salíamos el viernes a última hora. Creo que se quedó un poco sorprendida porque no se lo esperaba. Yo la miré, a mi vez, perplejo, pues creí que le había ofendido, al ver su gesto. Atolondrados los dos, en medio del pasillo...

- Bueno, ¿qué me dices? Conseguí articular. Creo que ella estaba tan perpleja como yo. La verdad es que le eché mucho valor pues Julia era una chica deslumbrante, con su larga melena castaña clara, sus ojos verdes, su tez oscura, sus largas piernas y su

cuerpo esbelto que el vaquero se encargaba de acentuar, un placer para los sentidos. Y yo nunca he sido muy agraciado, si bien tampoco feo del todo, podríamos decir que resultón pero soy bastante alto. Eso sí, lo que me faltaba en el físico, me sobraba en entusiasmo y labia (cuando te mueras habrán de llevar dos ataúdes, uno para ti y el otro para tu morro, me decían mis amigos). Pero yo soy muy intrépido y me dije: -el que no se lanza al agua, no cruza el charco- Así que me lancé al coso, cual espontáneo fogoso. Poeta, yo, como Lope: y más de ciento en horas veinticuatro...

- No sé qué decirte, Renzo. No esperaba esta invitación y no sé qué decirte.

- A mi me gustaría mucho que aceptases, dije, balbuceando las palabras, pues estaba hecho un manojo de nervios.

- Es que así de repente, no me dejas tiempo ni para pensarlo.

- ¡Mejor! Porque si te lo piensas demasiado, seguro que me dices que no.

- Puede que tengas razón. Mejor no pensarlo. De todas formas no pasa nada porque quedemos una tarde para tomar algo.

- Eso digo yo. No nos va a pasar nada por quedar.

- Bueno, dijo Julia, entonces, hasta mañana, ¿a las seis?

- Allí quedamos. A las seis.

Apenas había dado la vuelta a la esquina del pasillo, empecé a dar saltos de alegría como un jovencuelo enamorado, tal era mis estado de júbilo. ¡ No me lo puedo creer! ¡Ha dicho que sí! Ni en el mejor de los supuestos, habría pensado que iba a decir que sí a la primera. Salí corriendo hacia el patio donde estaban mis amigos. Vi a Fernando y no pude contenerme:

-¿Sabes con quién he quedado para mañana por la tarde?

- No sé. Dímelo tú.

- Con Julia Díaz.

- ¿Con Julia, la divina?

- La misma

- No te lo crees ni tú. A otro con ese invento, chaval. ¿No te lo habrás soñado y aún no has despertado de esa quimera? No te ligas tú a la Julita ni aunque le pongas cien velas a San Antonio. Un tío como tú, con esa facha...Es más fácil que llueva hacia arriba que tú te liganes a la guapa del Instituto.

- Que sí, tío, que he quedado con ella en Bocata's, mañana por la tarde.

-¿Los dos solos? O con su pandilla.

- Los dos solos, en principio, no creo que se presente con alguna aguantavelas.

- Bueno, ya me contarás qué pasa pero no te hagas muchas ilusiones. Si hubiera quedado conmigo, que soy un guaperas, alto, majo, con don de gentes...

- ¿Contigo?, pero... ¡si no sabes hacer la o con un canuto!

- ¿Qué dices, chaval?, Fernandito melenas, el terror de las nenas.

- Tú dirás lo que quieras pero yo he quedado, de momento. Luego ya te contaré cómo va todo. No me hago muchas ilusiones, pero principio quieren las cosas. Ya sabes que yo me enrolló como las persianas y tengo dotes de conversador. Sólo tengo que tejer bien mi tela de araña y seguro que, con paciencia, cae rendida a mis pies.

- ¡Pero serás presumido! Eso no te lo crees tú ni harto de vino.

- Vale tío. ¿Qué haces estar tarde? ¿Quedamos en mi casa y damos un repaso a los apuntes de matracas?, así lo dejamos listo para el fin de semana, no sea que conquiste a Julia con mis encantos y quiera quedar de nuevo el domingo.

- Ok, a las cinco me paso por tu casa. Me llevo los apuntes y hacemos un repaso general, que ya nos queda poco para los parciales y hay que ir poniendo todo a punto.

Ya he dicho que éramos buenos estudiantes y en ningún momento perdíamos el norte en lo relativo a nuestras responsabilidades académicas, a pesar de que mi brújula se hubiera trastocado un poco a raíz de mi cita con Julia.

- Pasamos la tarde del viernes enfrascados en nuestros deberes de tal manera, que cuando nos dimos cuenta, era una hora avanzada. Fernando se quedó en casa a cenar, le dijimos que avisara a sus padres pues continuaríamos estudiando hasta que nos entrara sueño. Así avanzábamos más en nuestros repasos y empezábamos a preparar los exámenes que estaban a la vuelta de la esquina. Fernando dormiría en la cama extra que tenía en mi cuarto y se iría a su casa por la mañana.

Al día siguiente me levanté temprano, Fernando se fue, y le dije a mi madre:

- Mamá, me gustaría acercarme al centro comercial para comprar unos vaqueros y una camiseta, hace tiempo que no me compro ropa y ando como un gañán destartado.

- Pero hijo, ¡qué raro en ti!, si vas siempre desaliñado y con unas pintas que da miedo verte. ¡Cómprate lo que quieras! Con tal de verte un poco decente...

- Y... ¿a qué se debe ese cambio repentino de imagen? He estado insistiéndote en que debías renovar tu vestuario y me has estado dando largas. ¿Qué hay de nuevo en el horizonte? ¿No habrás quedado con alguna chica?

- Qué pesada eres, mamá. Siempre con lo mismo. Voy creciendo y tendré que ir mejorando mi compostura. Ya sabes que el hábito hace al monje.

- Muy refranero estás tú. ¿Qué te traerás entre manos? Ya sabes que a mí no me engañas, *Mowgli*, un trato hicimos yo y tú. Para eso te he parido y no hay quien te conozca mejor que yo.

- ¡Basta ya, pesada! Por más que te esfuerces no te voy a contar nada!

- O sea, que hay algo.

- Eres más lista que el hambre. Sí, hay algo, pero no te lo voy a contar.

¿Entendido?

- ¡No te cuento nada! ¡Aunque te pongas de rodillas!

- Bueno, bueno... ya me iré enterando, que mis antenas son parabólicas y llegan a todos los rincones.

Mi madre es genial. Mi padre siempre dijo eso de ¡oye, tú qué te crees, en mi casa se hace lo que yo..., obedezco! Supongo que desde siempre ha llevado ella la batuta. Me imagino cómo se las debió ingeniar mi padre, de novios, para conquistar a esa sargento. Bueno, ya se sabe, la que ligó fue mi madre, mi padre se limitaría a hacer lo que le mandaran. Eso nos pasa a casi todos los hombres: creemos que ligamos y es mentira, quienes ligan y disponen cuando se liga, son ellas.

Mis padres se conocieron en el pueblo, pues los dos son de allí. Los abuelos trabajaban en el campo, el pueblo es pequeño, todo el mundo se conoce, y claro, ellos jugaban juntos desde pequeños. Juntos pasaron la infancia y la adolescencia, con sus respectivas pandillas. Mi madre, que es más astuta que un lince, echaría el ojo a mi padre, le parecería bueno, trabajador y respetuoso, y se las fue pergeñando para que pareciera que era mi padre el que la conquistaba. El caso es que, ya de jovencitos, poco más que adolescentes, empezaron a salir. Al principio, con la pandilla, y poco a poco empezaron a dejarse ver juntos paseando por la avenida, en el parque, en el café..., de tal manera, que en el pueblo se empezó a hablar de los novios Carmela y José. Como en el municipio todo el mundo sabe quién eres y sus respectivos padres, mis abuelos, se conocían de siempre, no hubo ningún problema en cuanto a continuar su relación.

Siempre recordaré lo que me contaba mi padre de su pueblo:

"La vida no era fácil en aquellos años en nuestros pueblos. El nuestro, Nocedal del Valle, se enclava en una famosa comarca en las estribaciones de la ladera sur de la Sierra de Gredos. Hoy podemos presumir de pueblo pequeño pero en aquellos años de la década de los sesenta con la emigración que se produjo del campo a la ciudad, era casi vergonzoso decir que pertenecías a un pueblo pequeño pues la gente te catalogaba de "paleto". Estaba mejor visto vivir en la gran ciudad en un rascacielos. La vida nos da sorpresas.

Fue y es un pueblo pequeño, si bien ahora tiene menos población fija que entonces. La emigración de aquellos años dejó diezmado al pueblo y una gran masa de gente marchó a Madrid, Cataluña, Francia, el País Vasco. Recuerdo cómo en los primeros años, los emigrados a Francia contrataban un autobús para venir al pueblo de vacaciones en los primeros días de agosto. En cuanto llegaban, la población parecía otra pues se llenaban las calles de gente y jolgorio. Se hacía una fiesta especial en el día de la Virgen con juegos de diversos tipos en la plaza: carreras de sacos entre los mozos, carreras de burros, etc. Yo tenía la sensación, creo que compartida por muchos, de que éramos como una gran familia. Aparte del hecho real de que casi todos teníamos algún parentesco; sirva como ejemplo que mi padre y mi madre eran primos lejanos, y tenemos grandes líos familiares: mi bisabuelo se casó tres veces, su hijo, mi abuelo, se casó dos veces, mi madre tenía una hermana que era su tía política, ¡vamos, un lío!

No obstante, la vida en el pueblo en aquellos tiempos fue muy dura. Veníamos de los años del hambre posteriores a la Guerra Civil y Segunda Guerra Mundial y estos pueblos están hundidos en las estribaciones de la sierra. El cultivo era de minifundio con muchas fincas en forma de terraza, gavias o bancales, de muy difícil acceso, con caminos de herradura. Por supuesto, apenas estaba desarrollada alguna maquinaria para las labores agrícolas. La verdad es que ciertas prácticas eran las mismas que en tiempos de los romanos. Se usaba aún el arado de madera con reja de hierro, y aún se conservan

algunas de éstas. No obstante, el más usado era el arado de hierro con horcón, enganchado al animal con su collera. Este arado permitía voltear la pala del mismo para arar a dos caras. A veces se usaba en yunta de dos animales, pero era menos habitual pues se araba peor entre árboles, vides, etc. Había que tener mucho cuidado al conducir el arado pues, al ser una tierra de montaña, había muchas rocas en el suelo y se podía enganchar la reja del arado en las mismas, con un tirón de frenada en brusco que hacía sufrir al animal. También había que arar someramente entre los árboles para no dañar las raíces de los mismos.

Se segaba la mies a mano con la hoz de corte. Se usaba la guadaña para la recolección de la hierba en los prados. Se almacenaba aún el heno en almiaros. Aún no se conocían segadoras y empacadoras mecánicas. Todo a base de esfuerzo manual y con animales de carga. Principalmente se disponía de burros, mulos y algún que otro caballo.

Recuerdo que de pequeño me gustaba mucho montar en el trillo que usábamos en las eras para moler las mieses. Después del trillado separábamos la paja del grano lanzando al viento la mezcla con el biello, una especie de horca hecha totalmente con madera, de tal manera que el grano, al pesar más, no era arrastrado por el viento y la paja sí, con lo que se separaban en montones distintos. Pero el procedimiento, insisto, debería ser el mismo que utilizaban nuestros más antiguos ancestros.

Siempre recuerdo una frase que es significativa acerca del progreso y es que en España hemos pasado sin darnos cuenta del trillo a la cosechadora. Frase que siempre completo, en relación con la obesidad creciente de la población por los malos hábitos alimenticios, que si bien hemos pasado del trillo a la cosechadora deberíamos haber pasado del torrezno a la lechuga.

El cultivo principal es el tabaco que en la zona se produce actualmente en grandes explotaciones. Pero en Necedal, que es un pueblo cuya jurisdicción no llega al río Tiétar, el cultivo se hacía en pequeños lineros, terrazas o barquetes de olivos, con el consiguiente esfuerzo y la escasa rentabilidad. No teníamos embalses para el agua de riego y claro, en verano la pequeña garganta se agostaba y, a veces, la cosecha de tabaco se perdía por no poder dar un último riego. No existían, como ahora, seguros de campaña. Recuerdo una tormenta de granizo un día de agosto, no sé con exactitud de qué año, pero en quince minutos le furia de los elementos dejó la cosecha de tabaco arrasada, todas las plantas sin hojas, destrozadas por los granizos. Yo era muy niño pero recuerdo como me asusté mucho porque veía a las personas mayores llorar de impotencia.

Como digo, la economía era de subsistencia. Afortunadamente, ésta es una zona que permite el cultivo de una gran variedad de productos: todos los de la huerta, tomates, pepinos, lechugas, pimientos, cebollas, patatas, legumbres, cereales, (me contaron que en la posguerra se llegó a sembrar arroz), coles, coliflores, nabos... tenemos una gran variedad de higos que, conservados adecuadamente, evitaban la muerte a muchas personas por inanición en los años duros de la posguerra.

También cultivábamos olivos, con almazaras de aceite, mi padre trabajó bastante en el lagar del pueblo en sus años de joven. Se conservaban aceitunas, uvas pasas, calabazas para la matanza. Cada familia alimentaba su cerdo y el mismo se despiezaba para comerlo durante todo el año. No teníamos problemas con el colesterol pues la carne era escasa y se consumían muchas calorías en el trabajo diario. Teníamos árboles frutales: naranjos, albaricoques, manzanos, castaños, perales, melocotoneros y *présigos*, ciruelos, cerezos.... Entre los chavales jóvenes era costumbre “robar” cerezas en las fincas del pueblo.

Cada familia solía tener su viña en la que recolectábamos anualmente las uvas,

que transportadas en banastas hasta el pueblo, se pisaban con los pies descalzos, vertiendo el mosto en tinajas de las que obteníamos el vino de pitarra. Blanco y tinto, vino natural pero sin elaborar."

Los abuelos paternos tenían una tienda de ultramarinos en el pueblo y mi padre, al terminar la escuela, empezó a trabajar en la misma, con lo que enseguida se familiarizó con el negocio. Mi madre había dejado, a su vez, la escuela y, como se le daban muy bien los números había empezado a trabajar de administrativa en las oficinas de la Cooperativa Local del Campo. En poco tiempo, en el pueblo, habían conseguido ahorrar un buen dinerito, los gastos que tenían eran pocos, ya que vivían con los abuelos, y la mayoría de los mismos se los daban pagados. La juventud transcurría con cierta placidez y, la verdad, vivían muy bien: el negocio de los abuelos funcionaba de maravilla pues era casi el único del pueblo y vendían de todo, desde alimentación hasta vestido y calzado, regalos, ferretería... En los pueblos no te puedes limitar a vender una sola cosa, decía mi abuela con mucha razón. Para hacer rentable un negocio con pocos clientes, la única forma de hacerlo llevadero es vender muchas cosas a esos pocos compradores. Mi madre, a su vez, con lo espabilada que era, se había hecho con las riendas de la Cooperativa a los pocos meses de estar trabajando allí.

Además los abuelos, me contaron mis padres, eran muy liberales. Habían vivido su niñez y juventud en el período entre guerras, y en la segunda república. Hubo mayor libertad política, a pesar de las continuas revueltas, huelgas, enfrentamientos y disturbios en las calles; desde un punto de vista personal había más libertad y las mujeres empezaban a tener mayores derechos. La guerra cortó de cuajo todas aquellas expectativas y, posteriormente, la dictadura supuso un mazazo para las libertades. La vuelta al nacional catolicismo. La vuelta al velo en la cabeza, al recato, a las misas, al confesionario, a las prohibiciones, a la castidad, al sometimiento al marido. A las faldas larguísimas, para que no se vieran los tobillos de la mujer, a la dependencia del hombre, a la pérdida de derechos civiles de la esposa, a su sometimiento al marido, en fin, a un retroceso histórico en la libertad, una vuelta al yugo religioso, vuelta al poder de la iglesia (en las monedas figuraba la impresión: Caudillo de España por la gracia de Dios... seguro que Dios tiraba bombas sobre los españoles), a la comunión diaria, al santo rosario y a los oficios divinos. Vuelta al luto, a las mujeres de negro, al pañuelo en la cabeza. En los pueblos las mujeres se pasaban media vida de luto, teniendo que seguir el estricto protocolo de duelos que establecía el estamento religioso y que se había consolidado como costumbre a respetar. Vuelta al pecado mortal incluso en niños de escasa edad, a inculcar el temor a Dios como medio de someter el alma de los tiernos infantes e inculárselo en vena para la eternidad. Vuelta al bajo palio de todos los déspotas que sometían al pueblo. Seguro que descargaban su mala sangre yendo a comulgar el domingo, tan imbéciles, creerían que Dios les perdonaría sus maldades por el hecho de contárselas a un cura tan corrupto como ellos. Y se lo deberían creer pues volvían a repetir sus maldades al día siguiente, claro, con la cura milagrosa que les administraba su santidad tenían resuelto el perdón de sus pecados. Víctimas de su propia idiocia y mala conciencia.

Así es que, cuando murió el dictadorzuelo, no es raro que la gente empezara a gritar por todas partes sus ansias de libertad y en poco tiempo los españoles empezaran a quitarse la costra religiosa que les había tenido oprimidos tanto tiempo, aunque es inevitable que determinados usos hubieran quedado insertados en el mismo ADN de las personas y aún perseveran entre nosotros. Mis abuelos siempre hablaron claro a su hija Carmela de este tipo de cosas y ella creció sin muchos de estos tabúes en la cabeza, sin ese santurroneo al que sometía la iglesia a los chicos. Nunca creyó eso del pecado, de la

culpa, del temor a Dios, de tantas mentiras como nos quieren hacer creer toda esa tropa de falsos santurriones comecocos, investidos con hábitos decimonónicos, arcaicos, con los que buscan diferenciarse y distanciarse del común de los mortales, para hacer ver que ellos están por encima de la gente, que son la palabra de Dios. Anda, que ahora, que vivimos en la época de Internet, me imagino que la tecnología en el cielo debe ser la *repera*, y pienso en la cara que pondrá Dios cuando vea a esa tropa de santurriones con esos hábitos en las procesiones, a esos artistas del cilicio, de la autoflagelación, intentando purgar sus pecados con procedimientos tan rudimentarios, como si martirizándote pudieras mitigar tus faltas. ¡Vaya tropa que tengo en la Tierra! Que *jartá* mentiras, diría un andaluz castizo.

Mis padres crecieron en ambiente sin tabúes, sin represiones y creyendo en la libertad, en la igualdad de todas las personas, mujeres u hombres, en el respeto mutuo, en la manifestación sin tapujos de sus sentimientos. Mi abuela materna no le advertía a su hija sobre la virtud, la castidad, el recato, la contención ante el hombre. Al contrario, siempre la animó a que decidiera lo que quisiera hacer con su vida pues siempre podría contar con ellos y respetarían lo que ella decidiera. Ideas y pensamientos que mis padres siempre nos transmitieron, en la seguridad de que hacían lo correcto y más conveniente para sus hijos. No se equivocaron en nada.

Pasó el tiempo y llegó el momento en el que lo que es natural, cae por su propia naturaleza. ¿Qué era lo siguiente en la vida de Carmela y José? Pues..., casarse, ¡claro! Dicho y hecho. No me imagino lo que debió hacer mi madre para insinuar a mi padre que pidiera su mano, pero sí estoy seguro que fue ella la que tomó la decisión en el momento que lo creyó oportuno. De tal forma que, después de los prolegómenos de rigor, pedidas de mano y otros menesteres, fijaron la fecha para el evento nupcial, y, como es debido, se casaron en la iglesia del pueblo para no desentonar en un bodorrio al que acudieron hasta los gatos y los perros. Tres días duró el evento, preboda, boda y tornaboda. No sé cuantos bichos mataron, pero algo así como un par terneros, varios corderos, cabritos... Se hicieron, en la tahona del pueblo, dulces variados del lugar para agasajar a los invitados y allí mismo se asaron las carnes, en el horno de leña. De cosecha propia tenían todas las verduras y berzas del huerto, garbanzos, ajos, cebollas, frutas, patatas, y un sin fin de provisiones de lo más variado. Toda la familia se movilizaba para organizar el convite pues el mismo era de fabricación propia, sin catering, ni restaurantes, ni salones de boda. En el salón de baile del pueblo, se instalaban unas mesas con tableros y borriquetas de las que se usaban en las labores agrícolas, se colocaban unos manteles y ya teníamos las mesas preparadas. Cada uno se traía su silla de casa, o se utilizaban, a veces, los bancos de la iglesia, y ya teníamos el equipamiento primario. La vajilla se resolvía con facilidad: cada uno traía la propia de su casa. Asunto resuelto.

Las familias tenían vino y aguardiente de cosecha propia, en cada casa se tenía la bodega en la que, recolectada la uva, se pisaba el mosto y se fermentaba el mismo obteniendo un vino, que sin ser una maravilla, cumplía con creces las necesidades de la población en aquella época. Con el alambique de fabricación casera destilaban el hollejo de las uvas y obtenían un aguardiente de lo más natural. Con cincuenta grados, eso sí, para tumbar a cualquiera.

Contrataron a una pareja de músicos del pueblo que tocaban un saxofón y una batería y tuvieron la fiesta preparada: tres días de comida y bebida a placer, baile propio de los más variopinto hasta que, ya casi rendidos, los novios dieron por finalizados los festejos para viajar unos días a Barcelona, donde tenían unos parientes que les alojarían en su casa, para no hacer demasiados gastos.

Creo que lo pasaron muy bien, fueron en autobús hasta Madrid y de allí cogieron el tren hasta Barcelona. Les encantó la ciudad, visitaron el barrio gótico con su Iglesia de Santa María del Mar y la Catedral, pasearon por las Ramblas, Plaza de Cataluña y Paseo de Gracia. Se acercaron al Parque Güell y admiraron la Sagrada Familia, la Pedrera y la Casa Batlló. Mis padres siempre han comentado lo que les impresionó la arquitectura del modernismo catalán, y, por supuesto, la genialidad de Antonio Gaudí. Ellos no lo conocían apenas pero se dejaron llevar por las indicaciones de una guía de Barcelona que compraron en un quiosco acudiendo a los lugares que les indicaba.

Volvieron al pueblo con las pilas cargadas pero con un regustillo amargo porque en ese viaje habían visto la diferencia abismal de la vida en un pueblo, sencilla y cómoda, y el trajín ajetreado de la vida en la ciudad. Habían parado, a la vuelta, en Madrid, pernoctando en casa de unos primos que vivían aquí y se habían percatado que en la ciudad había más perspectivas de futuro, más oportunidades de desarrollo y mejores posibilidades para la educación de los hijos que, evidentemente, llegarían a sus vidas, en un corto plazo. Sus primos habían montado una cafetería en un próspero barrio de Madrid y les iba francamente bien. Habían pedido un préstamo para comprar el local, con mucho esfuerzo lo habían equipado, el primo es medio albañil, y, según contaban, empezaban a ver pingües beneficios que les permitirían ir cancelando el préstamo en poco tiempo.

Esto hizo que la mollera de mi madre empezara a rumiar: ¿y si se planteaban trasladarse a la capital en busca de mejores esperanzas de futuro? Si sus primos lo había hecho y les estaba yendo bastante bien, ¿por qué no a ellos? De momento no tenían hijos, eran aún muy jóvenes, tenían ya un dinero ahorrado entre los dos y, ¡qué leches!, el que no se lanza al agua, no cruza el charco.

Poco tuvo que esforzarse Carmela para convencer a José. Hacía ya tiempo que éste había entregado el bastón de mando a la autoridad competente, en cuya capacidad tenía fe ciega. Por tanto, sólo tuvieron que comentarlo a los abuelos y éstos se mostraron totalmente de acuerdo con mis padres. Les perderían de su vera pero sabían que la decisión era acertada y Madrid estaba relativamente cerca, no se iban a las Américas. Cuando quisieran verlos no tendrían más que aprovechar un día y plantarse en la capital a pasarlo con ellos. Y los abuelos estaban dispuestos a ayudar a la joven pareja con todo lo que pudieran: ellos tenían ahorros propios y no iban a consentir que sus hijos se asfixiaran con préstamos bancarios que les sacaran los ojos. Es lo que tiene la vida austera y sobria de las familias, ahorran, y cuando hace falta, tienen para invertir en el futuro de sus hijos, que es el propio.

Lo primero que pensaron fue elegir el lugar adecuado, su intención básica era invertir el dinero ahorrado en comprar un local comercial en una zona que, si bien no estuviera muy desarrollada, tuviera perspectivas de futuro. De manera que se decidieron por Pozuelo de Alarcón. Entonces no era más que un pueblecito, pero ya empezaban a florecer urbanizaciones de viviendas en las que un supermercado variado, como era su intención montar, podría aportar un servicio en aquel área incipiente, y, quién sabe, si el crecimiento de la zona continuaba, Pozuelo podría convertirse en una población importante por su cercanía a Madrid.

Como mi madre no daba puntada sin hilo, se enteró que se iban a entregar unas viviendas en la periferia del municipio que tenían unos bajos sin vender. Al parecer, según un conocido que había comprado una de esas viviendas de la promoción, a la empresa no le iba del todo bien, aún le quedaban bastantes viviendas por vender y necesitaba liquidez. Mis padres tenían sus ahorrillos y a la ocasión la pintaban calva para sacarle el mayor rendimiento a ese efectivo que ellos, con su austeridad pueblerina, habían ido amasando. Dicho y hecho.

Se presentaron en las oficinas de la empresa promotora solicitando información sobre los locales que tenían en venta. El vendedor, muy amable, les informó de los bajos que tenían disponibles, que eran todos. No pasó inadvertida esta situación para mi madre, y le preguntó por el precio. El local que les gustaba tenía unos doscientos metros cuadrados y estaba en una esquina dando a una Avenida que, se presumía, iba a ser bastante concurrida. Después de múltiples regateos, de discusiones sobre lo caro del local, de que les pagarían en efectivo, el vendedor no bajaba un ápice de su precio. Vista la situación, mis padres le jugaron la carta de no poderlo comprar pues el importe se les hacía muy caro. Estaban ya levantándose de la mesa, en un ejercicio de cinismo calculado, dando por rota la negociación y renunciando a la compra del local, cuando el vendedor, al ver que se le iba el cliente, les detuvo y les dijo que esperaran, que él no está autorizado para hacer rebajas especiales pero que podía llamar a su jefe. Esperaron pacientemente mientras el vendedor llamaba, y al rato se presentó el mencionado jefe en la oficina. A mis padres el precio no les había parecido mal del todo, mucho dinero, sí, pero entraba dentro de sus cálculos y se hacían cargo que era un local bonito en una buena zona y con inmejorable situación.

- ¡Buenos días, señores!

- ¡Buenos días!

- Soy Ramón Gutiérrez, propietario de la sociedad promotora de este edificio. Me ha llamado mi empleado para decirme que están ustedes interesados en adquirir uno de nuestros locales comerciales. Es así, ¿no?

- Así es, ciertamente, dijo mi padre.

- Parece ser que hay diferencias en cuanto al importe que supone la transacción, dijo Ramón.

- Las hay, respondió de nuevo mi padre.

- Bueno, supongo que, con buena voluntad por ambas partes, podremos acercar posturas, de manera que acordemos un negocio beneficioso para las dos partes.

- A nosotros voluntad nos sobra pero hemos de encajar nuestra inversión en las posibilidades que tenemos y, como queremos llevar este barco a buen puerto sin sobresaltos, hemos de amarrar bien las jarcias, para que ningún temporal imprevisto pueda hacer naufragar nuestra travesía, permítame usted el símil naval.

- Ya veo que toman sus precauciones y me parece muy bien. Es de gente seria que estima lo que se trae entre manos y que toma las reservas necesarias para no caer en un pozo sin fondo. Por eso quiero tratarles con el mismo respeto y prudencia que ustedes me están demostrando.

- Estoy dispuesto a ofrecerles un descuento del treinta por ciento del valor que hemos hablado siempre que el pago sea de una vez, con la firma de la escritura y en un plazo no mayor de quince días. A la empresa le viene muy bien esa liquidez que nos pueden aportar y nos evita tener que mendigar en los bancos algún crédito que nos generaría tantos gastos e intereses como el descuento que les podamos hacer.

Mi madre, lista como ella sola, rápida de reflejos y viendo la predisposición de su interlocutor, le respondió lo siguiente:

- Nosotros les podemos solventar ese atasco de liquidez que les preocupa, pero yo creo que ustedes pueden hacer algo más, que sin costarles mucho, puede servir para aclarar el atasco en el que nosotros podemos caer en tanto montamos nuestro negocio. Venimos de un pueblo y necesitamos vivir en algún sitio, sé, por un conocido que les ha comprado una vivienda en la promoción, que aún les quedan bastantes por vender...

- ¿Qué me diría si le propongo que nos ceda una de esas viviendas en arrendamiento con opción a compra en el plazo de un año, período que vamos a necesitar para montar el negocio? Eso sí, en este año, no nos cobrarían la renta para

ayudarnos económicamente en estos primeros momentos en los que todo el dinero que se pueda ahorrar es poco. Nosotros, una vez terminado este plazo, podríamos optar entre seguir algún período más de alquiler, pagando la renta a partir de dicho año, u optar a la compra. Eso sí, fijando ya el precio actual que conozco por nuestro amigo. Y ustedes harían dos ventas, en lugar de una. La apertura de este negocio serviría para atraer más gente, tanto a las viviendas como a los locales, constituiría un reclamo para otros negocios y empezaría a dar vida al lugar, un poco falto de ella en la actualidad.

El señor Gutiérrez se quedó callado. ¿De dónde había salido una persona tan espabilada? No sólo se había percatado de la necesidad que ellos tenían de vender, sino que, aprovechando esta circunstancia le había hecho una oferta bastante interesante. Era muy posible que en el año siguiente no se vendieran todas las viviendas, con lo que a él, prácticamente la daba igual tener vacía la vivienda que cedérsela a ellos en arrendamiento para que la utilizaran, pero además, le ofrecía la posibilidad de comprársela a corto plazo. En cierto modo la oferta era muy conveniente para ambas partes.

Pues dicho y hecho. No se anduvieron con más negociaciones. En el momento estrecharon sus manos, como caballeros, y dieron el trato por hecho. Los detalles ya se perfilarían en los días sucesivos.